

EL RUBIO

Paraíso de las patirrojas

 Por María Romero de Alba

Hace poco más de un mes tuve la inmensa suerte de ser invitada por Antonio y Soledad a participar en uno de los maravillosos ojeos que organizan en su casa de *El Rubio*, situada a poco más de cuarenta y cinco minutos de Madrid.

Tras una estupenda cena de bienvenida seguida de una larguísima sobremesa, en la que las anécdotas y correrías cinegéticas de cada uno de los integrantes del grupo hacían las delicias del resto de oyentes, fuimos conducidos a nuestras respectivas habitaciones. De todos es sabido el impecable gusto de Soledad Mendizábal por lo que, huelga decir, la comodidad fue absoluta.

Entorno perfecto

Amaneció un domingo frío, pero soleado. Las altas expectativas de los cazadores se hicieron patentes –mientras degustábamos unas riquísimas migas–, expertos tiradores que barruntaban ya lo que más tarde sería un hecho: ¡el éxito rotundo de la jornada!

Ya en el campo, pude certificar el mimo con el que Antonio coloca los puestos de los ojeos. No faltaba detalle, la visibilidad perfectamente estudiada para facilitar las cosas a los tiradores, las distancias magníficamente calculadas y, lo que es

más importante, la belleza de esta finca toledana. Si se puede decir que existe una orografía ideal para los ojeos de perdiz, ésta se encuentra sin lugar a duda en *El Rubio*. Preciosos cerretes, cuidadosamente salpicados de manchas de monte, rodeados por regatos y barrancos, dan cobijo a la reina de la caza menor, protagonista de nuestra jornada.

El primer ojeo comenzó con magníficos resultados en todos los puestos. La experiencia y destreza de los participantes quedó patente cuando se vieron más de media docena de tripletes. El equipo de ojeadores no podía estar más acertado ni coordinado, algo que facilitaba sobremana los lances. Barras de perdices de vuelo veloz, hicieron que más de uno gritase de emoción aquella magnífica mañana.

Y es que... «¡Parece que Antonio y Sole enseñan a sus perdices a volar! ¡Qué gusto!», ése fue el comentario general mientras tomábamos un caldito para entonar el cuerpo una vez finalizado el primer ojeo.

Y... perdices para el almuerzo

El segundo no tenía nada que envidiar al primero y tuve la suerte de situarme entre dos magníficas escopetas, Pablo y Moisés. ¡Menudo espectáculo! Aquello era digno de verse. Recuerdo que comenzaron a entrar graneadas, de pico, altas, rápidas y que

apenas daba tiempo a verlas, cuando ya alguno de mis queridos amigos las tenía muertas en el aire.

Y llegó el momento del taco. Bueno... más que taco, una señora comida en toda regla para el que no esté acostumbrado al increíble despliegue que organiza Soledad, cuidando cada detalle, dejando constancia una vez más de su tremendo gusto. El sol calentaba, quedaba por rematar la faena con otros dos ojeos y todos pensábamos lo mismo... ¡qué no acabe el día!

El tercer y cuarto ojeo los cazamos en otra parte de la finca que, aun si cabe, era más bonita que la primera. Las resueltas escopetas, emprendieron una 'batalla' de campo por anotar el mayor número de pájaros posible. No exagero cuando digo que aquello fue uno de los mejores espectáculos a los que he tenido el placer de asistir últimamente.

Cobradas todas las piezas, una docena de caras de satisfacción se reunían en la casa principal para dar buena cuenta de una riquísima comida en la que, por supuesto, ¡no faltaron las perdices!

Desde aquí sólo me queda agradecer a Antonio y Sole su hospitalidad y su cariño. Realmente, creo que no tardaré mucho en repetir la experiencia de cazar en *El Rubio*, cosa a la que animo a cualquiera que esté dispuesto a disfrutar de verdad. CyS



La anfitriona, Sole, recibiendo a los cazadores por la mañana.

Distintos momentos de los ojeos y cobrando las perdices.

El taco, momento importante, y el resultado final.

Uno de los ojeadores a caballo, bonita estampa que se puede disfrutar en los ojeos de El Rubio.

